DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Bonifaci Tordera, monje de Montserrat
Bodas de oro sacerdotales
25 de septiembre de 2011

Quizás pueda extrañar que califique los textos de la Liturgia de hoy como un canto a la misericordia de Dios manifestada en Cristo Jesús. Pues, ¿qué significa la actitud de Dios acogiendo al pecador que se convierte y hace el bien, como decía Ezequiel? o bien, ¿el hijo que, displicente, se niega a ir a trabajar a la viña, pero después, arrepentido, va? Creo que podemos ver la misma actitud que en el padre de la parábola del hijo pródigo. A pesar de que el hijo se fue de casa el padre está siempre esperando su regreso. Y es que el amor nunca desespera, no puede dejar de amar. Y así que el padre lo ve venir de lejos va a su encuentro y lo abraza, sin escuchar las razones que le dice su hijo arrepentido por el gozo de haberlo recuperado con vida. Hoy, la situación es muy parecida. Para Dios, nadie está nunca definitivamente perdido, siempre está a tiempo de volver porque él siempre espera con los brazos abiertos.

Pues bien, esta es la actitud que marcaba toda la actividad de Jesús y que tanto molestaba a las autoridades religiosas y a los letrados de Israel. "Acoge pecadores, decían, come con ellos, no observa el sábado, perdona pecados, se acerca a los marginados...". Ciertamente, porque el amor y la misericordia no están de vacaciones, siempre son activos. Para Dios, nunca hay vacaciones de amar. Y es que Dios es amor y no puede hacer otra cosa que amar y se compadece de los desamparados. Pero los dirigentes del pueblo ni siquiera quisieron creer en Juan, que venía de parte de Dios, y por eso acogía todo tipo de personas que se querían convertir y se hacían bautizar con un rito de conversión.

Y, por qué hay personas que no reconocen sus faltas y, en cambio, a otros no les cuesta reconocerlas en seguida cuando les ofrecen la comprensión y el perdón? Pues porque unas están enajenadas en su seguridad, en su independencia o bien en su salud religiosa o intelectual y no se reconocen conscientes de la necesidad de redención.

Esto es lo que quiere reflejar el pecado de Adán: "seréis iguales a Dios". Es decir, seréis independientes, sin que no te mande nadie. Pero ya sabemos hacia dónde conduce esta independencia: a la muerte. San Agustín sabía cómo se vive en esta lejanía de Dios, pero comprendió, por gracia, que "nos has creado para Ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti". Tuvo que tocar fondo en su miseria, se humilló y, a la vez, descubrió el don de la gracia. Esto es lo que decía un monje antiguo: "Prefiero una derrota con humildad que una victoria con orgullo". Y San Bernardo añade: "Dios prefiere un pecador arrepentido antes que una virgen orgullosa".

He aquí, pues, lo que explica el doble comportamiento de los dos hijos: el primero que es tocado por el amor del padre y el segundo, que aparentemente obedece, pero se endurece en su independencia -seguramente atraído por otros intereses-. Y eso es, precisamente, lo que discernía las reacciones de la gente ante el ofrecimiento de misericordia de Jesús. Porque Jesús no podía ofrecer más que misericordia. Y misericordia significa benignidad, compasión, y nunca imposición. San Pablo suplica a los Filipenses que vivan en armonía y cariño. Lo que rompe la comunión, dice, es precisamente la vanidad, la superioridad, el orgullo. Por eso les describe el comportamiento de Jesucristo, que se hizo pobre, se rebajó hasta hacerse uno de nosotros y aceptó la muerte en la cruz. El amor, la misericordia, se abaja, se hace

servidor, no se impone, no domina, ofrece, pide aceptación. ¡Es la impotencia de la Omnipotencia! Y esta fue la razón de la Encarnación: Dios no vino a exhibirse prepotente, sino que se abajó a la altura del ser amado. Porque Dios es amor, y, porque ama, envió a su Hijo en una carne de pecado cuando todavía éramos pecadores, dice San Pablo. Esta es la manera que tiene Dios de revelarse. Realmente, Dios manifiesta su omnipotencia perdonando (oración), acogiendo, curando, consolando, salvando tal como Jesús lo hacía. Quien no comprenda esto es que no se conoce a sí mismo: imagen de Dios. Jesús en su actuación nos descubre, pues, lo que somos. Y, porque somos como él, hemos de amar como hemos sido amados, y no hay otra razón. El amor obliga a amar. "El amor saca amor" (Santa Teresa). Tal como vivió Jesucristo, debemos seguir nosotros también sus huellas, porque sólo así podremos llegar al término que nos ofrece: compartir con él la gloria del Padre por toda la eternidad. ¡Bendigamos a Dios, que nos ha mostrado su misericordia con el perdón por Jesucristo! Así sea.